

//////// INVIERNO //////////////////////////////////////

Lo que el río **MIRA** **SE LLEVÓ**

**HACE DIECISÉIS AÑOS CAMBIÓ LA VIDA DE
LOS HABITANTES DE LA VEREDA ALBANIA,
EN TUMACO, TRAS EL DESBORDAMIENTO DE
SU AFLUENTE. HISTORIA DE UNA ANGUSTIA
PASADA POR AGUA.**

////// POR: KELLY YADIRA BASTIDAS VALENCIA
.....
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL
.....

Albania, ubicada entre los pueblos Cajapí Carretera y Cajapí del Mira, es una vereda campesina donde la mayoría de sus habitantes viven de la agricultura.

Aquella mañana del 16 de febrero del año 2009 todo transcurría normal en Albania Río Mira, un pequeño pueblo agrícola perteneciente a Tumaco, Nariño.

Amaneció haciendo un poco de frío, los árboles movían sus hojas al compás del viento y los gallos alzaban su canto para anunciar que un nuevo día había llegado.

Quién pensaría que este día se convertiría en uno que jamás olvidarían: nunca imaginaron que el río, el mismo que tantas veces les dio de comer sus sabrosos pescados, beber su agua fresca y les permitió nadar por sus corrientes, sería el mismo que les arrebataría todo lo que tenían y con mucho esfuerzo habían construido.

Albania, ubicada entre los pueblos Cajapí Carretera y Cajapí del Mira, es una vereda campesina donde la mayoría de sus habitantes viven de la agricultura.

Contaba en aquel entonces con apenas 35 casas construidas, la mayor parte en madera. Está dividida por una carretera de piedras que es la única vía de entrada y salida del pueblo. En uno de sus costados se puede apreciar una quebrada que desemboca al río Mira, la misma que se encargaría de dejarlos sin nada.

Esa madrugada, Virginia Ortiz se levantó como de costumbre a las 5:00 a.m. a preparar el desayuno e irse a trabajar a su finca que quedaba al otro lado del río.

“Encendí mi fogón de leña y me dispuse a parar mi olla de café mientras hacía los oficios diarios de la casa, todo transcurría normal hasta llegadas las 7:00 a.m. cuando el río empezó a crecer. Pensaba que era una creciente normal, como las que acostumbraba a ver, y más porque nos encontrábamos en épocas de lluvias. Pero no tuve más remedio que quedarme en la casa porque si me iba a la finca me quedaba atrapada en la corriente”, cuenta la mujer.

Pasadas las 10:00 a.m. el río empezó a crecer más. María Valencia, hija de Virginia Ortiz, relata que ese día se hallaba a orillas del río lavando su bandeja de ropa cuando se percató de que el agua estaba fuera de lo normal y de un momento a otro estaba atrapada en la corriente tormentosa. “Lo primero que hice fue correr a avisarles a los demás que el río estaba subiendo”.

“Noté que el agua se fue poniendo turbia, con harta espuma y corrientosa, parecía como olas del mar. El día se puso oscuro, manadas de pájaros cruzaban el cielo gris, luego empezó a llover. Para este momento ya eran pasadas las 2:00 p.m. y el caserío ya estaba hundido. Algunas casas ya estaban al plan (nivel) del agua, y sí, efectivamente el río Mira se había desbordado llevándose todo lo que encontrara a su paso. No pensábamos que nosotros también nos inundaríamos, ya que el Mira queda a varios minutos de aquí y la quebrada, según nosotros, era inofensiva. Nos angustiábamos cuando vimos cómo esa quebrada empezó a hacer sonidos, era como ‘uuuuuuuhhhh’. Nos desesperamos, estábamos asustados, pero entre nosotros mismos nos tocó buscar la manera de salvar nuestras vidas porque el agua estaba arrastrando todo y no perdonaba nada”, relata María Valencia.

Las canoas de los pueblos cercanos pasaban como alma que lleva el diablo en busca de un lugar seguro donde refugiarse. Las culebras iban enrolladas en los palos que arrancaba la fuerza del agua. La ropa y otras cosas de las casas navegaban. Animales como gallinas, puercos y vacas, se ahogaron, mientras que los de monte pasaban rebalsados. La fuerza del agua era tan grande que arrancó casas, pues la gran mayoría estaban construidas en madera.

María Ninfa Cortés recuerda que se encontraba en su casa cuando vio que el agua se entraba por detrás. Bajó corriendo porque nunca había presenciado algo semejante y se fue a la escuela, que era uno de los lugares más altos que había en el pueblo. Era de las pocas edificaciones en concreto donde ya se encontraban otras personas resguardas.

“Estábamos sumidos en la desesperación y la desesperanza, no sabíamos qué hacer porque nunca habíamos vivido algo así. La carretera estaba hundida y no teníamos cómo salir, acá no llegaba la señal y no conocíamos nada de tecnología para pedir ayuda, así que bajamos del altar al poderoso Rey de Reyes, Jesús de Nazaret, quien es el patrón del pueblo y al cual le celebramos una misa y velorio en su honor todos los 31 de enero. Empezamos a rezar y a cantar para que el río parara de crecer, por un momento quiso parar, pero siguió creciendo”, es lo que recuerda María Ninfa Cortés, vecina de Virginia Ortiz.

“Noté que el agua se fue poniendo turbia, con harta espuma y corrientosa, parecía como olas del mar. El día se puso oscuro, manadas de pájaros cruzaban el cielo gris, luego empezó a llover”.



“Las canoas de los pueblos cercanos pasaban como alma que lleva el diablo en busca de un lugar seguro donde refugiarse. Las culebras iban enrolladas en los palos que arrancaba la fuerza del agua”.

Rosa Dalia Cuéllar relata esa jornada con mucho dolor: “miré ahogarse a todos los animalitos que tenía, mi casa se hundió hasta la mitad, mis enseres se perdieron y como pude logré salir con mi marido y mis hijos. Hubo un momento en que perdí la esperanza y pensé que hasta ahí llegábamos. En el cielo se veían helicópteros que estaban salvando a las personas de los pueblos vecinos. Nos emocionamos pensando que nos iban a ayudar a nosotros también, así que decidimos subirnos a los techos de las casas y gritábamos como locos con todas nuestras fuerzas por ayuda”.

La mujer complementa con tristeza que el auxilio nunca llegó, pero sí lo hizo el llanto de la gente, pensando que se ahogarían ante el ascenso imparable del agua.

“Había niños, jóvenes, adultos y adultos mayores, todos reunidos en un mismo lugar, que era la escuela del pueblo. Cuando ya eran pasadas las 11:00 p.m. notamos que el agua empezó a bajar y nos alegramos mucho, hubo gritos y abrazos de felicidad, pues pensamos que nos habíamos salvado”, puntualiza.

Rosa Dalia cuenta que, al día siguiente, cuando ya el agua había bajado, recorrieron el pueblo para ver cómo había quedado. Estaba muy destruido, enlagunado, lleno de barro. De aquel poblado campesino, alegre y pintoresco no quedaba nada.

Mucha gente perdió todo, como Virginia, cuyos sembrados de plátano, yuca y cacao quedaron bajo el lodo.

“Después aparecieron de la Alcaldía de Tumaco con unas ayudas, pero no eran mucha cosa buena, no nos prestaban mucha atención, según ellos argumentando que, por vivir a varios minutos de distancia del Mira, a nosotros no nos pasó nada. Eso quedaría grabado para siempre en nuestros corazones, la injusticia y el olvido en el que nos han tenido siempre, como si no existiéramos o como si nunca hubiera pasado nada”, dijo Rosa Dalia.

Dieciséis años después de esa tragedia, algunos de sus pobladores aún recuerdan ese sentimiento de abandono y olvido que nunca se borrará por más de que pase el tiempo.

Con mucho esfuerzo y sacrificio se volvió a levantar el pueblo y con el paso de los años dejaron de existir las casas en madera para darles paso a las de cemento, que poco a poco se fueron cubriendo de colores.

En épocas de lluvias, cómo las que suelen venir con frecuencia, los adultos mayores les cuentan a sus nietos el desastre ocurrido aquel 16 febrero de 2009, el día que conocieron la tragedia, pero también la fortaleza para seguir adelante.

